

NOTAS

EL PASO EN EL MISTERIO (1)

por ALEJANDRO CARRION

Este libro marca la entrada de un poeta en el misterio. En el grave y solemne misterio de sí mismo. En el oscuro mundo misterioso que es el hombre por dentro, en su íntimo sér, más allá de la fría y escrutadora mirada de los otros, más allá de la propia mirada, de esa terrible mirada hacia adentro que se lanzan los hombres cuando están en profunda, en total soledad. Esta es la suprema aventura del artista: ir caminando a tientas dentro de sí mismo, abandonado de todo protector consciente; apartando, lejos, muy lejos, la luz fría de la razón, la poderosa luz de la inteligencia, que escoge y que defiende, que nos desvía los ojos de toda podredumbre, de toda llaga lacerante y que nos muestra, con sutil engaño, ese hombre perfecto que queremos y que no podemos ser. Así marcha el poeta en esta aventura. Para intentarla se había preparado largamente, había caminado muy variados caminos por el mundo de las formas externas, mundo de países, de sensaciones y de ideas, mundo donde el ojo está siempre abierto y alerta y donde la inteligencia, argos insomne de ojos penetrantes, va, cuidadosa, guiando el pie andariego y llenando hasta su borde diáfano la inquieta voluntad de ver, de comprender y de crear.

El poeta comenzó caminando las calcinadas rutas de la lucha social, poderosa de sangre y de vida, e hizo para ella un libro de poemas en el que el amor se abre paso difícilmente —el amor a mujer, digo— el amor que es realidad de sexo y de sueño, de sangre y de palabra, de lágrima y ternura; que el otro amor, el amor a la humanidad total, el amor al hombre y a su verdad y a su justicia, ese amor que de tanto serlo es ya más dolor que amor, ese amor que es la pasión esencial del revolucionario, tanto, que

(1) Prólogo al libro de poesía *Túnel iluminado*, de Pedro Jorge Vera.

se sobrepone a su propia sed de amor como individuo, como unidad mortal misera y solitaria —solitaria entre la multitud, perfecta soledad— ante el drama de la especie, actora ínfima de ese tremendo drama, que es drama de vivir tan sólo una vez y de amar y de morir, ese amor sin lágrimas, ese amor por la humanidad que, de tan acendrado y austero es ya inhumano y que es una tensa voluntad de hacer, de crear en el tiempo, para la eternidad, con total prescindencia del pobre hombre que hay en todo hombre, del pobre sér mortal que pide para sí la hora del como la cuerda del arco, una realidad sobre el terreno definitivo sueño, del beso y del descanso; ese amor que quiere ser, tenso de la historia, ése estaba en cada verso, en cada imagen, en cada armoniosa palabra de aquellos poemas juveniles y claros, luminosos y estremecidos de una urgencia de ser y de actuar física, tangible, acezante, que impresionaba como impresiona un joven cachorro impaciente, que ventea con anchas narices el aire de la vida. Ese primer libro, que es un viaje sobre el terreno urgente de la acción, libro escrito antes de los 20 años, es *Nuevo itinerario*, hermano de mi primer libro, nacido, con 15 días de diferencia, en la misma imprenta y de una emoción igualmente sostenida y amada.

Después, el poeta, viajero, cantó a su punto de partida: el ancho río y la cálida ciudad, su ciudad de río y de mar, la de su nacimiento: su río Guayas y su Guayaquil. Explica mucho la voluntad viajera de este poeta el que haya nacido en uno de esos lugares en que nacen y mueren las ansias andariegas del hombre: en un puerto, cuna de la aventura y tumba del aventurero cansado, del que viene después de navegar ríos, mares y aires y caminar las tierras... Y explica también la voluntad incendiada de sinceridad, de ansia de encontrar y de sed de encontrarse, que lo es todo en la obra del poeta, este hecho de haber nacido en el puerto cálido y voluptuoso, en el que el aire tiene el mismo quemor de la carne de la mujer en el lecho y donde los árboles, las palabras, los deseos y las acciones crecen con tal premura que todo parece como si la vida no alcanzara a abarcar el momento siguiente. El segundo libro fue, pues, para la ciudad y el río nativos, la ciudad y el río que se completan en tal forma que no se los puede concebir separados, que son un mismo sér, cálido, poderoso, haciendo un eterno, infinito derroche de vida tan potente, que, es, en sí mismo, el supremo milagro de ese milagro sin igual de la vida: el trópico, cálido meridiano de la tierra en floración y fructifica-

ción permanentes. El poeta los cantó en el verso más cálido y popular, en el que sale espontáneo de la boca del niño, del alma del guitarrero, de los labios de la moza campesina cuando canta, a corazón repleto, su amor o su dolor de vivir: en el romance. Y lo hizo con juvenil y matinal voluntad de hombre todo juventud. *Romances madrugadores* es el tributo del viajero al punto de partida para su viaje entero de Gulliver en torno del mundo de la maravilla y del descubrimiento, del insaciable e infinito mundo de los colores, las palabras, el licor, la música, la lucha, las mujeres, el sueño, el deseo, el ansia de no morir, la angustia de vivir, el amor y la muerte que, fría, segura, puntual, está esperando al fondo de toda la llama apasionada y profunda, mísera y sublime, que anima la combustión incesante de la criatura humana.

Viajero, sí, viajero nacido en el punto donde nacen y donde mueren los viajes: nacido en el puerto. Viajero, ahora, del gran viaje, protagonista de la suprema aventura: del viaje por sí mismo, hacia sí mismo, en busca de su propio séر, de su alma auténtica, verdadera, supremamente verdadera, inconfundiblemente desnuda, temblorosa ante sus propios ojos, deslumbrados por la verdad, como Adán ante los ojos del Angel de la Espada. El poeta, descendiente de navegantes, de hombres que sabían ir sobre el río hasta el mar y sobre el mar hasta la tierra, él va ahora río adentro de su propia sangre, recorriendose y hallando en sí mismo, Colón de los definitivos descubrimientos íntimos, tras misterios pavorosos de sed y de incumplida pasión, envueltos en una niebla indecisa, anhelante y sedienta... hallando, digo, en sí mismo, los más extraños mares, las islas inefables de la paz y el sosiego y los abismos insondables, los únicos abismos insondables, esos abismos ante los cuales se pierde la cabeza y el vértigo del miedo a uno mismo, del único miedo pánico, del único miedo eterno del hombre, se apodera del alma y la lleva a transgredir las fronteras encendidas del delirio, donde un "agua endurecida lo está ahogando".

En este viaje el poeta llega a las más altas cumbres de la poesía. Este es el viaje de las sorpresas más dolorosas, de las aventuras más desgarradoras; el viaje del cual se vuelve con los ojos deslumbrados y el alma, por siempre, verdadera: desnuda, conmovida. Cuando el hombre, el mísero hombre desnudo que es el poeta engolfado en la estupenda aventura, encuentra ya a su paso "al límite de clavos sometido"; cuando ha sentido, con el

cabello erizado por el terror “esas uñas que avanzan hasta el fondo”; cuando ha dado con la tremenda seguridad de estar “extrañamente poseído”; cuando ha sentido, en su propia carne, caer, quemante, “todo el cálido jugo de la rebelde lágrima”, entonces, puede ya regresar. Regresar con el pulso ya para siempre alterado o para siempre impasible; con la mirada para siempre pura o para siempre turbada; con el corazón para siempre herido o para siempre ilesos; capaz, ya, para todos los júbilos o todas las amarguras.

Pedro Jorge Vera, el autor de este tremendo *túnel iluminado* por su propia sed insaciable, el protagonista de este su viaje desgarrado hacia sí mismo, párte para él desde el único puerto posible. Nos lo dice al entrar, para evitarnos toda equivocación.

Quiero escribir un libro natural,
con mi sangre, tal vez, o con la sangre
de esta tierra que habito y elaboro.

.....
Dejadme que lo haga libre y solo,
como se hacen las cosas duraderas:
los hombres, las montañas, el silencio...

Advertid que cuando él escribe *libro*, dice, en realidad, viaje: este viaje a través de su alma, de esa alma suya que conoceréis al salir de este libro, y que encontraréis tan igual a vuestra verdadera alma, a aquella que vosotros tanto teméis encontrarlos cuando, alguna noche, en insomnio mortal, se os presente desnuda y os deje en los ojos una visión de pesadilla inolvidable que siempre deseareis olvidar: esta alma llena de sexo —de hambre y de repulsión por el sexo—; esta alma llena de amor y de pavor por la muerte. Esta alma que se mueve, temblorosa y vacilante, en medio de una angustia invencible, permanente, y en la que crece, como un narciso impuro, en el centro de un ensueño cárdeno, de pesadilla, un deseo desenfrenado, fangoso, hirviente, un deseo que es, en el fondo, el motor todopoderoso, turbio, soterrado en todas las almas, y que lleva a las más altas y a las más nefandas acciones. Para que tengáis una imagen real, estremecida de verdad, de esa alma vuestra oculta que ha encontrado en su alma el poeta, leed, palabra a palabra, dejando a veces descansar al labio herido por la marcha lenta, incontenible, fangosa, turbia y terrible de ese río de vida subconsciente, de ese río enfangado en sangre humana, que es el *paso revelado*, acaso uno de los más

completos y terribles poemas de esta edad de la poesía de mi patria. Leedlo todo y deteneos en estos versos terribles:

Cree la arena y crecen los dominios del esqueleto errante, mientras el hombre cumple
|su carrera nocturna...

Blasfemo de sí mismo, niega tres veces a la luz caída y maldice su semen taciturno...

Los dioses sumergidos en los lagos de piedra desesperadamente le señalan el pecado
|de ser...

Y luégo, cuando los cárdenos fulgores de este río de sangre dolorosa, milenaria, os hayan dejado percibir de nuevo la luz del día en las pobres pupilas laceradas, pensad cómo está aquí, vivo, desnudo, lacerado, este Maldoror inmortal que todo hombre vive llevando en sus venas cálidas y temerosas, con su poder inmortal de enturbiar todo lo claro y puro, lo simple y lo tranquilo. Porque es el substráctum de la angustia acumulada por todos los mil y un siglos de angustia vividos por la especie.

Pedro Jorge párte del único puerto posible: de sí mismo. Al decir esto digo párte de sí, de su sér de hombre en libertad completa. En la total libertad que el poeta necesita para descubrir en sí mismo, o en la mirada con que ve el mundo circundante, la verdad permanente y oculta, común a todos los hombres, que es la poesía. La verdad que hace el mundo completo, redondo, y que, desde los más bajos trasmundos de fango y lluvia ensangrentada lo elevan a la pura nieve de la alta poesía, limpida e inmortal, crecida desde el supremo dolor, en clima de libertad, sobre la única tierra posible: la de la verdad.

Dice Paul Eluard que el poeta es un hombre que tiene la voz color de eternidad. Color, esencia misma, de eternidad, tiene la voz y tiene la mirada del poeta, del verdadero poeta, no del simulador que quiere usar la poesía para fines mortales, transitorios. La poesía sirve al hombre dándole la verdad universal de su tiempo, y para ello tiene que crecer en el clima de la más completa libertad, sin dogma alguno, sin propósito alguno: buscando únicamente lo que de universal y de eterno hay en el momento, para aprisionarlo y darlo a todos los hombres, como consuelo permanente, como el único consuelo posible y verdadero. Cuando Pedro Jorge, descendido hasta el fondo de sí mismo, arrodillado sobre su propia entraña desgarrada, encontrando ese narciso impuro que crece en lo más recóndito de todas nuestras almas, en ese

sitio que lo defendemos hasta de nuestros propios ojos, que lo ocultamos a la luz hasta en el sueño más profundo, exclama, con voz que traspasa, de parte a parte, nuestros corazones oscuros:

¡Dios mío, en mis entrañas alguien pisa las uvas!,

entonces, Pedro Jorge está ya en el reino total de la más alta poesía, y ha descubierto y aprisionado una parte, la más terrible, la más dolorosa de la eternidad diluida en la marcha transitoria de la sangre mortal sobre una partícula viva y miserable de la eterna célula humana, poderosa, inmortal, pero factible de podrirse y derrumbarse y morir y renacer eternamente por la vía cálida y turbia del amor de la carne y por la eterna y luminosa de la palabra...

Si descomponiéramos todo lo que ha extraído de sí mismo, en este viaje desgarrador por su propia sangre, este poeta, hallaríamos que, junto al narciso impuro que se nutre de la mejor parte de su corazón y que envenena de angustia su sangre y llena de fiebre la luz de su pupila, hay una extraña floración de pureza, cuando canta a su infancia lejana —“la hormiga blanca”, la pequeña viejecita, fuente lejana de su sangre, con manos impalpables y ojos dotados del bien supremo de la paz— y cuando, en uno de los más hermosos poemas de estos últimos años, nos cuenta, desde adentro de sí mismo, la agonía de su padre:

...en los secretos de tu carne muerta
la voz de Dios avanza persistente...

Y hallaríamos una ternura tan antigua como su propia existencia, la ternura de amar en la parte infantil de los sueños a la blanca sombra de Mercedes Almendárez y hallaríamos su “hazaña del café”, donde hay una poderosa fuerza de poeta brillando sobre el oscuro fabricante de palabras, fragante y clarividente. Y, sobre todo, volveríamos a encontrar ese terrible “Paso revelado”, donde corre, entre fango, el verdadero torrente de la sangre del Hombre...

No puede menos úno que decir: “he hallado la verdad”, cuando, al final del libro encuentra su *arte poética*, -donde nueva, mente desnudo y verdadero, Pedro Jorge nos dice cómo vino este libro —cómo hizo este viaje— cómo nació a la luz esta poesía perdurable:

Vino volando en sangre. Vino solo.
.....

Vino matando flores. Vino herido,
en ataúd de hierba...

Vino con hombres y mujeres juntos...

Vino enseñando a los cuatro vientos
su corazón de cuervo y ruiseñor...

Tras este viaje, Pedro Jorge, mi hermano por parte de la sagrada sangre de la poesía inmortal, que corre por sus venas tanto como por las mías, puede mirar, con ojos serenos, el transcurrir de las más turbias horas. Ha tomado por la rienda al potro de su sangre y sabe ya cuántos verdaderos latidos da su corazón.

Quito, julio 19 de 1946.